



G. B. PIAZZETTA: — Ilustración

LA VEJEZ DEL FAMOSO LIBERTINO

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA



«O quante volte abbracciò l'aria vana» (Ariosto: *Orlando furioso*, XI str. 9).

¡ hoy como ayer, nos gusta la divisa que Francisco I perpetuó bajo la salamandra que era su «totem» heráldico. El pensamiento, que es salud y es agonía, cabe en ese mote. Es bien que si nos desvela nos reposa y mal que nos cura casi a la vez que nos

daña: *Nutrio et extinguo*. Tregua de estío para el pensamiento nos ofrecía un editor antes de nuestra guerra al enviarnos un volumen sobre Casanova. «Para que usted lo lea intermitentemente en la sierra, al pie de Peñalara o junto al mar». Agradecemos el presente con la cortesía yerta de un puritano y la aridez de entonces nos cuarteas el recuerdo. Que el editor nos absuelva de la desgana con que le respondimos algo como esto.

No se nos ha escapado jamás, ni aun clandestinamente, el menor afecto hacia el libertino. Quien discerna qué tipo es éste, ría nuestra limitación, pero el veneciano nos cansa. Hasta el retrato que Bostius grabó sobre pintura de Mengs nos lo aleja. No es el de un hombre de presa, aunque la nariz declare rapacidad y la boca complacencia morosa. No es como el don Juan de España la orgía del libre albedrío campando en el mundo.

No es verdad que su frente bronceada ni sus ojos en acecho sean de corsario. Ni siquiera es cierto que el ardor que tuesta su figura recuerde a los pedregales de Sierra Morena. Español es por su sangre, pero esa insinuación tan muelle, de papada, ese conato de morbidez, no nos gustan. Allí, en Venecia, dicen que la duplicidad de Casanova no es de abolengo veneciano, sino corso; no es de máscara patricia, no reta, sino se somete. Han jurado los casanovistas que no son mala gente, que las aventuras del libertino son reales. Más tenaz aún que el príncipe de Ligne, casanovista hasta el tuétano, un doctor de Nüremberg lleva siete lustros contrastando la veracidad de las vicisitudes del de Venecia. Después de sondeos que son oceanografía secreta, ha dado a la estampa un *Codex probatorum* con las caídas que el disoluto refiere. Nada somos, pero no somos un metodista cualquiera, aunque se nos acidule el juicio sobre el aventurero. ¿Es que Casanova, aunque nunca admitió convidados de piedra en sus festines, no es de la casta de nuestro burlador? ¡Ah, no...!, el de Sevilla, al bajar al infierno, no volvió la cabeza ni dijo más que «A lo hecho, pecho». No merece Casanova compartir un solo día ni las fiestas ni el suplicio de



CASANOVA